



Salvador Allende quiso hacer posible la transición hacia el socialismo ajustándose a la Constitución, sin revolución armada.

cirugía, con celo y perfección; los muertos pasan de 25.000, los presos, en campos de concentración, regimientos y estadíos, son más de 40.000, y un número parecido de chilenos han emigrado a diversos países del mundo; varios miles, a pie, por los pasos cordilleros que unen a Chile con Argentina.

Hay que agregar a los miles de chilenos que esperan un juicio bajo las normas del Código Militar en tiempo de guerra, que declara «enemigos» a todos los militantes de los partidos de izquierda, por las actividades políticas desarrolladas «antes del 11 de septiembre», de apoyo a un gobierno ilegal. Tan peregrina teoría calificaría como «enemigos» a los miembros de la Junta, que recibieron sus entorchados de jefes del propio Allende. Por lo demás, a un distinguido jurista español, que viajó a Chile para defender a varios líderes políticos en los famosos procesos de los militares, los afectados le declararon «su estricta calidad de rehenes» que serán ejecutados al menor intento del pueblo contra la Junta.

Los cambios ministeriales que se ha visto obligado a introducir el general Pinochet obedecen al deseo de mejorar «la imagen del gobierno ante la opinión pública mun-

dial». Tal vez no exista otro gobierno que haya sufrido tantas pruebas de repudio de organismos y pueblos de todo el orbe. Tiene sus relaciones diplomáticas sin reanudar con Italia, que no ha reconocido el gobierno de facto; Colombia retiró su embajador de Santiago, marchan mal las relaciones con Argentina, Venezuela y Perú; con este país, los militares chilenos tratan de crear conflicto de la mano de la CIA para lograr aglutinar a la opinión pública chilena, apelando a un bajo nacionalismo. Los organismos internacionales de la Educación, de la Salud y del Trabajo han tomado sendos acuerdos contrarios a la Junta, lo mismo que numerosas declaraciones de miembros de la Cruz Roja Internacional. Hoy mismo, en Italia, Francia, las dos Alemanias, en Bélgica e Inglaterra se han celebrado actos de apoyo a la Resistencia Chilena. A un año de plazo, los usurpadores ven que sólo logran repudio en todos los rincones del mundo. Y que la Resistencia Chilena, por todas las latitudes, lleva en sus manos la antorcha que le ha entregado al pueblo con su sacrificio el gran líder socialista Salvador Allende.

Es el primer aniversario del «finado», dicen en Chile las gentes humildes. ■

TANQUE GRIEGO

La fotografía que apareció en el número 622 de nuestro semanario, en la página 22, corresponde en realidad a Grecia y no a Chile. Se trata de un carro de combate griego...

La Capilla siXtina

ALLENDE, IN MEMORIAM

He repasado viejos recortes de prensa sobre el golpe chileno de 1973. Van desde las imágenes de los muertos por las calles o en las aguas del río hasta las noticias sobre torturas y vejaciones de todo tipo que recogió la prensa, principalmente la extranjera, es decir, la no chilena, la no española. Entre todas las noticias, se me pega en los dedos la que cuenta que entre un montón de cadáveres de la población obrera se extrajo el cuerpo sin vida de un hombre a cuya pierna seguía agarrado el cuerpecillo de su hijo, también muerto a balazos.

Había olvidado la noticia.

Recuerdo que cuando la recorté, las tijeras actuaban solas, con una delicadeza especial, como conscientes de que separaban del diario casi un pedazo de carne, o de espíritu, o vayan ustedes a saber. Imaginé luego varias veces la escena. ¿Qué ha de sentir un hombre acorralado que no puede evitar su propia muerte ni la de su hijo, un niño que le pide vida y esperanza tirándole de los pantalones? ¿Y el que los mata, qué siente?

En el palacio de la Moneda, un rostro enorme y un apellido enorme. En el montón del poblado obrero, un rostro pequeño, un apellido ignorado. Del heroísmo ejemplar y asumido de Allende al terror desarmado e inconsciente de un niño; y enfrente, una inmensa bestia sorda, que ni siquiera cierra los ojos para matar y vivir, como pedía el divino Ovidio.

¿Recuerdan la foto del niño del «ghetto» de Varsovia? Los alemanes cercan el barrio judío y hacen salir a sus pobladores con las manos sobre la cabeza; a todos, absolutamente a todos, hasta a un niño con gorrita, que las posa sobre ella como pájaros perdidos. Nadie ha sabido jamás cómo se llamó aquel niño, ni si su agonía fue lenta en el campo de concentración al que fue llevado o si murió pronto, casi sin haber tenido tiempo de compren-

der que moría víctima del miedo de las bestias a los ángeles (es un decir). Pero al menos, el niño del «ghetto» de Varsovia nos ha legado su rostro ovalado y posiblemente oscuro, sus facciones delicadas de niño posiblemente con ganglios, sus piernas delgadas, rectas, sus pulcros calcetines escolares, su gorrita de niño de fotografía con retícula.

El rostro del niño chileno ha desaparecido para siempre, y no creo que sea digno de lamentación. Es un cuerpo, un pequeño cuerpo al que podemos improvisarle el rostro, que podemos convertir en el símbolo perfectamente anónimo de las víctimas de la Historia, que podemos utilizar para colocarle el rostro de nuestros propios hijos o el de cualquier niño conocido al que nos parecería imposible tener asido al pantalón, mientras nos pide que le alejemos la noche oscura que brota por el agujero del fusil que se acerca. Y tal vez así, aquella víctima inocente nos sirva siempre como revulsivo frente a la barbarie.

Ya sé que es una consolación relativa, como todas las consolaciones. Pero me parece un mal pago estar simplemente triste ante el ejemplo de Allende, ante el ejemplo del niño anónimo. Prefiero estar furioso como lo estoy, prefiero estar armado, aunque sea de palabras. Porque las palabras arman las conciencias, pueden proporcionarnos el espíritu de la alerta, pueden intentar bajar fusiles, pueden intentar oponer la fuerza de la razón a la razón de la fuerza. Poder intentarlo, pueden; que lo consigan, ya es otra cosa. Porque también tiene su lección esa otra penúltima fotografía que repaso, en la que Allende inspecciona su propio palacio con un casco en la cabeza y una ametalladora en las manos... derrumbado el dique de palabras y tiempo que había tratado de construir frente a la horda. ■

SIXTO CAMARA